

los espíritus y nada le podrá hacer vacilar. La sociedad, como la ciencia, está emancipada: tanto una como otra tiene por ley y fundamento la razón; en nombre de la razón hay que hablarle por lo mismo, para disciplinarla, gobernarla y conservarla, quedando heridas de irremediable impotencia para el porvenir, toda autoridad, toda legislación, toda educación que la razón no abone. Preciso es, pues, que la filosofía, es decir, la razón elevada al grado de ciencia, intervenga en todas esas altas cuestiones, si no quiere dejar el campo libre al empirismo y la anarquía. Es menester que la tarea comenzada por ella en el último siglo, de demoler todas las instituciones envejecidas, la continúe en el siglo en que estamos, por la organización y la disciplina, por la creación lenta y reflexiva de las nuevas instituciones.

Definir con más precisión de lo que se ha hecho hasta ahora los deberes y derechos del hombre en general; demostrar que los últimos no podrían existir sin los primeros, y que unos y otros tienen su fundamento común en la parte espiritual de nuestro ser, es decir, en nuestras facultades intelectuales y morales; seguir el desarrollo, ó si se quiere, la sucesiva realización de esos deberes y de esos derechos desde luego en la familia, después en el Estado, y en seguida en la sociedad universal del género humano; restablecer en la opinión la santidad del matrimonio, objeto de tan vivos y perseverantes ataques; defender con el matrimonio el derecho de propiedad, sin el cual no hay familia posible; buscar la medida en que la familia y el individuo, sin sacrificar ninguna de las condiciones de su existencia ó dignidad, deban estar subordinados á la autoridad del Estado; mostrar que esa unidad tiene por condición indispensable la de la educación; decir, en fin, lo que es el Estado en sí mismo, cuál es el objeto y cuál el principio de su existencia, cuáles son los elementos de que se compone necesariamente, qué grado de autoridad le pertenece sobre los diversos órdenes de asociación que contiene en su seno, cuáles son sus obligaciones y derechos respecto de los Estados extranjeros, ó qué principios naturales deben presidir en las relaciones internacionales; tal es en gran parte la labor que debería emprender hoy la filosofía. No conocemos para ella trabajo más noble, más útil y más propio para realizarla en el espíritu de nuestro tiempo. Allí encontraría el medio de asegurarse en el orden moral un poder y una consideración análogos á los de las ciencias físicas en la esfera de los intereses materiales. Apoyada siempre en la especulación, en los resultados más considerables de la psicología y de la metafísica, no es de temer que se rebaje hasta la discusión de los partidos; por el contrario, los partidos se verán obligados á levantarse á la altura de sus principios, que les devolverán la dignidad, la autoridad y la convicción que han perdido, ó que al ménos han comprometido gravemente. (*Dictionnaire des sciences philosophiques.*)

—o—

LOS SOFISTAS Y LA SOFÍSTICA.

El nombre de *sofista* no tuvo primitivamente el sentido desfavorable que se le aplica, pues significaba *maestro de sabiduría ó de elocuencia*; pero cuando se vió en Grecia extenderse una especie de hombres sutiles, que se jactaban de saberlo todo y que ofrecían enseñarlo todo; retóricos hábiles, mas que ponían su elocuencia al servicio de todas las causas; dialécticos brillantes y agudos, mas que sostenían el pro y el contra con la misma intrepidez; capaces de negarlo todo, áun la evidencia, y de afirmarlo todo, áun el absurdo; hombres ávidos, por otra parte, hambrientos de riquezas, de poder y de fama, y que hacían servir indiferentemente lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, á los intereses de su fortuna: en presencia de semejante abuso del espíritu y la palabra, la conciencia pública se alarmó, y comenzó á ser sospechoso el nombre de sofista, acabando por convertirse en injuria. No tenemos que considerar aquí la sofística bajo todos los aspectos que puede presentar, y cuyo lugar corresponde á la historia de las ciudades griegas, á la de la elocuencia y de las costumbres; fijándonos en el solo punto de vista científico, nos preguntaremos sobre todo si la sofística es ó no es un hecho considerable en el desarrollo de la filosofía griega, y examinaremos en seguida su alcance exacto y su sentido preciso.

Desde luego, parece imposible dudar de la influencia que ejercieron los sofistas sobre los espíritus de su época, como lo prueban entre otras cosas la guerra tenaz que les declaró Sócrates y el gran sitio que ocupan en los diálogos de Platon. Para Sócrates y su gran discípulo, los sofistas representaban, si no el escepticismo propiamente dicho, al ménos ese espíritu de negación que conduce á la duda por una pendiente inevitable; y este es, en efecto, el verdadero sentido de la sofística, que señala ó consuma la disolución de todas las grandes escuelas de filosofía nacidas del primer arranque de la especulación naciente; que lleva hasta el extremo esa oposición entre los sentidos y la razón, del empirismo jónico y del idealismo itálico, de donde habria salido infaliblemente un

tágoras en persona la honra de haber abierto la era de la subjetividad, explicando la diversidad y la contradicción de las ideas por la disposición del sujeto pensante, y atrayendo así la filosofía al estudio del hombre. Desde este punto de vista, el principio de que "el hombre es la medida de todas las cosas," tan reprochado á Protágoras, es nada ménos que el preludio del "conócete á tí mismo," de Sócrates. Los sofistas fueron los primeros en comprender la alta importancia del elemento subjetivo en la ciencia; á ellos pertenece la honra de haber proclamado que el espíritu humano no ha podido recibir sus leyes de manos de la naturaleza, sino que por el contrario, él es quien piensa, ordena, y en cierto modo construye las cosas según las leyes que le son propias. De aquí procede, según Hegel, la alta idea que los sofistas se formaron del poder y soberanía del espíritu humano; y de aquí una especie de exaltación que pudo arrastrarlos inocentemente á un orgullo extremado, á una especie de inmoralidad y hasta el ateísmo. Quien conoce los recursos del espíritu humano, posee la ciencia universal, y puede enseñarlo todo, desde la física hasta el arte militar. Dueño de las impresiones y resoluciones de los hombres, los maneja á su antojo; es hombre de Estado, y tirano si así lo quiere. Sabiéndolo todo, gobernándolo todo, dando á los hombres y á la naturaleza sus leyes, haciendo á su capricho lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, ¿qué falta al sofista para ser Dios?

No se podría contestar lo que hay de original é ingenioso en algunas de las observaciones de Hegel; pero todo ese edificio reposa sobre una interpretación infiel y arbitraria de los textos. Cuando Protágoras sostenía que el hombre es la medida de todas las cosas, no se refería de ninguna manera al hombre en general, al espíritu humano en la rica variedad de sus potencias y de sus leyes: entender así la fórmula de Protágoras, es desprenderla de todo lo que sirve para ilustrarla y darle su verdadero sentido, introduciendo arbitrariamente toda especie de ideas modernas. Léase el capítulo de Sexto Empírico donde se refiere y comenta la fórmula del sofista griego; más todavía: léase el *Theeteto* de Platon, y se encontrará la interpretación más exacta y rigurosa, al mismo tiempo que la refutación más sólida de las teorías de Protágoras. El sofista de Abdera era discípulo de Heráclito; como su maestro, no veía en la naturaleza más que una metamorfosis continua, un desvanecimiento sin fin de fenómenos perecederos y fugitivos; pero en lugar de referir esas formas cambiantes á un principio eterno, á un fuego viviente, como se inclinaba á hacerlo Heráclito, como lo hicieron más tarde los estoicos, Protágoras explicaba la variedad y contradicción de los fenómenos por la movilidad de los sentidos: el hombre no es más que un animal dotado de sensibilidad, y cada individuo tiene su manera de sentir. Ahora bien, como no hay otro medio de conocer fuera de la sensación; como la sensación es toda la ciencia, se sigue que todo lo que es sentido como bello, como bueno, como justo, debe ser reputado por tal, salvo que se le juzgue un instante después como feo, malo é injusto; de donde concluía Protágoras que para saberlo todo, enseñarlo todo y gobernar á su antojo á los hombres, bastaba saber dar á las cosas tal ó cual color, según las circunstancias y la necesidad del momento. Partiendo del principio sensualista, Protágoras llegaba, pues, en el orden especulativo á una especie de nihilismo, y en la práctica, á una repugnante inmoralidad.

No sale más airoso Hegel cuando lo trata de justificar la tesis de Gorgias sobre que nada

existe, que el ser no es. Al ver Hegel aparecer aquí por primera vez en la historia de la filosofía un principio que le es querido, el principio de la identidad de las contradictorias se defiende á sí mismo defendiendo á Gorgias, y no vacila en prestarle sus más sutiles y osadas especulaciones. En su opinión, Gorgias ha comprendido perfectamente que todo ser de la naturaleza encierra en sus profundidades una contradicción necesaria, una especie de lucha entre el ser y la nada; el ser, tal como nos le presenta el universo, cambia sin cesar, es decir, se niega sin cesar, y sin cesar se afirma después de haberse negado. De este conflicto, de esta antítesis entre el ser y la nada, resulta el cambio (*devenir*) síntesis maravillosa, en que la nada y el ser, siempre contrarios y siempre unidos vienen á reconciliarse. No nos toca examinar aquí el valor de esta teoría de Hegel; pero lo que es incontestable, es que ha sido completamente desconocida de Gorgias. La fórmula hegeliana, sea cual fuere su valor, tiene al ménos un carácter dogmático; la de Gorgias, por el contrario, está sellada de un espíritu enteramente negativo. De la contradicción de las ideas, pretende Hegel hacer salir su armonía, ligándolas así en un sistema regular; Gorgias busca la contradicción para gozarse y encerrarse en ella sin salida.

Dejemos á un lado los refinamientos de la especulación moderna; volvamos á la antigüedad; démos á los textos su sentido verdadero, y cuando se trate de interpretar los textos, dirijámonos á dos críticos incomparables: Aristóteles y Platon. Aquí, por ejemplo, repitamos la lectura del *Theeteto*, y sobre todo, el admirable diálogo en que Platon ha definido al sofista. Cuando á la vez le llama cazador de jóvenes ricos, pescador de anzuelo, comerciante que trafica en conocimientos para uso del alma, charlatan, hábil en el arte de imitar, etc., puede creerse que aquel grande artista se chancea, y todavía, en el fondo de esas chanzas se descubre una ironía profunda y un sentido serio; pero cuando quiere oponer la sofística á la verdadera filosofía, el puro amor de lo bello y el bien á la rebusca de los oropeles y de las vanas apariencias, caracteriza, y graba, por decirlo así, en dos rasgos profundos, la diferencia del filósofo y del sofista: aquel, dice, tiende hácia el ser; éste vá á la nada. Tal es la sentencia del más grande filósofo y del más grande moralista de la antigüedad sobre la sofística. La conciencia universal ha confirmado esa sentencia, contra la cual no podría prevalecer una rehabilitación fardía. —E. SAISSET, miembro del Instituto.

REVISTA DE PERIODICOS.

Digna es de llamar la atención la importancia que entre nosotros se da cada día más á las cuestiones filosóficas: periódicos de carácter puramente político, consagran hoy una parte considerable de sus columnas á artículos en que se tratan materias de la más elevada trascendencia; y si reflexionamos en que ese movimiento inusitado de la prensa corresponde á una tendencia bien marcada del espíritu público, hay que reconocer y estudiar un fenómeno bien curioso, que se verifica actualmente en la sociedad mexicana, y que por ahora nos limitamos á consignar como el punto de partida de una evolución

escepticismo mortal, si Sócrates no hubiera reanimado la savia del dogmatismo, dando á la filosofía extraviada un punto de apoyo firme y sólido, un método regular, y toda una organización robusta y duradera. Si se quiere tener la seguridad de que tal es el sentido de la sofística, basta echar un vistazo sobre sus más serios representantes y examinar sus orígenes.

Sábase que la filosofía griega en sus primeros pasos, se dividió en dos grandes direcciones opuestas: por un lado, el génio jónico suscitó dos escuelas empíricas, la de Mileto y la de Abdera; por el otro, el génio dórico produjo en las costas de la Gran Grecia las escuelas de Crotona y de Elea. Pues bien, si se recorre la lista de los principales sofistas, se verá que todos se ligan con alguna de esas escuelas: Gorgias y su discípulo Polo vienen de la escuela de Elea; Protágoras, y después de él Eutidemo y Dionisodoro invocan los principios de Heráclito; otro sofista, Metrodoro de Chio, pertenece á la escuela de Abdera; de suerte que no hay escuela dogmática de cuyo seno haya salido un sofista. Ahora ¿cuál es la obra comun de esos hombres de orígenes tan diferentes? Llevar hasta el extremo los principios de cada escuela, poniéndolos en oposición con los principios de todas las escuelas opuestas. Y ¿cuál es el fin último á que aspiran? ¿Es por ventura hacer salir de una contradicción un principio nuevo, más amplio y más fecundo? Nó, nada está más lejos de eso que el espíritu enteramente negativo que los anima. ¿Es encerrarse en una abstención absoluta? Tampoco, y aquí es en donde sin vanas sutilezas hay que distinguir la sofística del escepticismo.

El carácter propio de la filosofía escéptica, lo mismo en Grecia que en todas partes, es no afirmar nada tocante á la naturaleza de las cosas, encerrándose sobre esto en una reserva absoluta, en una abstención inquebrantable. Los sofistas, por el contrario, eran los más atrevidos, los más afirmativos, los más decisivos de los hombres, haciendo profesión de no dudar de nada, de no ignorar nada, de saber la última palabra de todas las cosas. Sólo que, y este es un nuevo rasgo que los separa de los escépticos honrados y serios, los sofistas, al alardear de su ciencia decisiva, no tenían por objeto la verdad, sino el buen éxito; no el bien de los hombres, sino su propio bien: de manera que, sin tener la sofística la profundidad de una verdadera escuela de escepticismo, es en cierto sentido más peligrosa; pues no sólo conducía á la muerte de la filosofía, sino á su envilecimiento.

Así, pues, lo que caracteriza esencialmente la sofística, no es el espíritu de duda, que no se mostró en Grecia sino con Pirron; es el espíritu de negación. Esto va á verse con nueva evidencia en la meditación atenta de los fragmentos que de los dos más célebres sofistas, Gorgias y Protágoras, nos han quedado.

Hemos dicho que Gorgias partió del eleatismo, rompiéndole contra el sensualismo jónico; mientras que Protágoras, adoptando el sistema de Heráclito, consumó su ruina por el desarrollo de sus consecuencias. Escuchemos á Gorgias: "El sér, dice, no es; en efecto, si fuera, sería eterno ó engendrado, ó uno y otro: es así que lo que es eterno no ha comenzado, por consiguiente no tiene principio, y por consiguiente es indefinido; pero lo indefinido no está en ninguna parte, porque si estuviera en alguna parte, sería diferente de aquello en que está y habría algo más grande que él: además, no puede estar contenido en sí mismo, porque entonces el continente y el contenido, el cuerpo y el lugar

no harían más que una sola cosa, lo que es imposible. Luego el sér, en la hipótesis que le supone eterno, no está en ninguna parte, y por consiguiente no es.

"En segundo lugar, el ser no es engendrado, porque sería engendrado del sér ó del no-sér; es así que para que fuera engendrado del sér, sería preciso que el sér existiese ya; y no puede tampoco ser engendrado del no-sér, porque el no-sér no puede producir nada.

"En fin, el sér no puede ser al mismo tiempo eterno y engendrado; luego el sér no es.

"Otra prueba de que el sér no es. El sér es uno ó varios. Es así que el sér no puede ser más que una cantidad, un continuo, un tamaño ó un cuerpo, y nada de todo esto es uno. Además, el sér no puede ser varios, porque si no hay unidad no puede haber pluralidad." (*)

El carácter de esta argumentación, á primera vista, es eleático; pero cuando se le examina de cerca, se ven los principios sensualistas reunidos por un monstruoso ayuntamiento á los dogmas de Parménides, para destruirlos y destruirse á sí propios, del mismo golpe. "El sér, dice Gorgias, es engendrado ó eterno. No puede ser engendrado; apelo á Parménides: no puede ser eterno, porque todo lo que es ha comenzado á ser; preguntadlo á Heráclito." Imposible es hallar en rasgos más visibles, el carácter de esa dialéctica toda negativa, que disolvía, por decirlo así, cada sistema, infiltrándole todos los otros. El resultado definitivo es éste: toda verdad, todo sér, son absolutamente imposibles.

Sigamos ahora á Protágoras en otra vía. "Conocer, dice, es sentir; pero ¿cuál es el carácter de la sensación? Variar hasta lo infinito, según las disposiciones del sér sensible. Cada uno, pues, conoce á su manera, y cada uno es buen juez y único juez de su manera de conocer. Lo que es verdad para éste, puede por lo mismo ser falso para aquél, é incierto para un tercero. Todo el mundo tiene razón y todo el mundo carece de ella." En este concepto, toda cosa es y no es al mismo tiempo; es ésto, es aquélla, y no es ni lo uno ni lo otro. Esto es lo que expresaba Protágoras al decir que "el hombre es la medida de todas las cosas; de las cosas que son, en tanto que son, y de las cosas que no son, en tanto que no son."

Así, según Protágoras, todo es relativo, porque todo es sensible; y todo es verdadero porque todo es relativo; y como todo es verdadero, el sí es verdadero lo mismo que el nó. Pero ¿decía otra cosa Gorgias? Según él, nada es y nada es verdad, ni el sí ni el nó. Ahora, ¿quién no ve que esta fórmula es idéntica á la precedente? Si todo es verdad, nada es verdad; y si nada es verdad, se puede sostener todo, y por consiguiente todo es verdad. Acéptense ó niégense ambas alternativas contradictorias, la verdad sucumbe á la par, y el sentido comun recibe igual ultraje.

Examínense ahora las doctrinas de Metrodoro de Chio, de Pródico, de Hippias, de Diágoras, de Anaxarco, de Eutidemo; se reconocerá el mismo espíritu: en ninguna parte el espíritu de duda, la suspensión de juicio; en todas el espíritu crítico y negativo llevado hasta sus últimos límites y deshonrado por la impudencia.

Un filósofo célebre de nuestro tiempo, ingenioso historiador de la filosofía, pero sistemático y prevenido, emprende una especie de rehabilitación de los sofistas. Estos, según Hegel, han sido más bien precursores que adversarios de Sócrates, haciendo á Pro-

(*) Véase Sexto, *Adv. Mathem.*, p. 149 sig.; y Aristóteles, *de Xen., Zen. y Gorg.*, lib. V.